

RECENSIONES



Herrero Lapaz, Nuria. Recensión:

BLASCO SANCHO, M^a Fernanda, 1995: Hombres, fieras y presas. Estudio arqueozoológico y tafonómico del yacimiento del Paleolítico Medio de la Cueva de la Gabasa I (Huesca). Monografías Arqueológicas n°38. Universidad de Zaragoza. Pp. 205.

El trabajo que vamos a reseñar es la primera parte de su Tesis Doctoral dedicada al estudio comparativo de dos yacimientos musterienses desde el punto de vista de la Arqueozoología: la Cueva de Peña Miel y la de Gabasa que fue excavada y publicada en los años ochenta, a falta de un estudio tafonómico, al que se dedicó M^a Fernanda Blasco.

En el primer capítulo: "El yacimiento musteriense de la Cueva de los Moros (Gabasa 1)", se trata sobre la ubicación del yacimiento, sobre la historia de las investigaciones y sobre aspectos generales de la estratigrafía y de la industria lítica.

La Cueva de los Moros, está situada en Gabasa, dicha población esta ubicada al Este de la provincia de Huesca, en los primeros contrafuertes de las sierra exteriores Prepirenaicas que limitan por el cuadrante noroeste de la Depresión del Ebro.

Gabasa 1 forma parte de un sistema kárstico con cinco cavidades de las que cuatro de ellas también contienen restos arqueológicos, principalmente de lo que normativamente denominamos Neolítico y Bronce, mientras la cueva en cuestión objeto de este estudio, ha proporcionado en todos sus niveles, yacimiento atribuibles al tecnocomplejo Musteriense.

La cueva fue descubierta en 1982, por Mariano Badía. Desde 1984 se sucedieron una serie de excavaciones a cargo de la Universidad de Zaragoza y el Museo Provincial de Huesca. Los trabajos fueron realizados durante 1984, 1985, 1986, 1987, 1990, 1991 y 1994, en muchos casos con el propio dinero de las directoras Lourdes Montes y Pilar Utrilla.

Aparecieron además de restos faunísticos restos de *Homo sapiens neanderthalensis* que suponen por ahora la evidencia más antigua de vestigios humanos de Aragón.

La estratigrafía de Gabasa 1, muestra por ahora ocho niveles, todos ellos arqueológicamente fértiles. Esta estratigrafía se correspondería con periodos que oscilan entre el Würm II Final y el inicio del Würm III. Las fechas que arroja las dataciones de C-14 se sitúan en 46.5000 ± 4.400 - 2.800 B.P.

En cuanto a la industria lítica debemos de apuntar que ésta se incluye en el tecnocomplejo musteriense. Su materia prima es fundamentalmente el sílex, aunque también se empleó la cuarcita y la ofita. Tras el estudio realizado por Utrilla y Montes de dicha industria la adscripción fue, clara hacia lo que Bordes denominó como "Musteriense Típico", ya que los útiles que aparecieron en mayor cantidad fueron las raederas, aunque también hubo buenas

representaciones de denticulados, encontrándose las puntas musterienses en número inferior. En uno de los niveles superiores aparecen en cambio útiles como los raspadores, perforadores y buriles que podrían ser puestos en relación con un periodo de transición hacia el Paleolítico Superior.

En el capítulo segundo: "Planteamientos Metodológicos" se hace una detallada exposición y justificación de la metodología seguida en cada uno de los pasos, con su correspondiente literatura y discusión.

En su obra Blasco no se ha limitado a elaborar un simple listado de piezas óseas y a realizar un exhaustivo estudio de éstas sino que partiendo de esta industria, ha intentado extraer los vestigios biológicos que estos huesos nos ceden con el paso del tiempo. Se ha acercado a cuestiones paleoecológicas, económicas y culturales desde dos claras disciplinas de la Arqueología Prehistórica, como son la Zoología y la Tafonomía.

La Zoología se centra especialmente en las características biológicas que poseen los animales que están representados en el yacimiento. La Tafonomía, desde el campo de la Paleontología, trata de descubrir la Historia pre y postdeposicional de los restos de fauna del yacimiento.

La metodología aplicada para el análisis de arqueofauna tienen en este trabajo dos enfoques primordiales: el arqueozoológico, para extraer la información taxonómica, anatómica, de edad y de sexo, y el otro enfoque sería el tafonómico, para detectar los eventos que han podido sesgar la muestra ósea (transporte, destrucción selectiva, mezcla, etc.). Estos dos enfoques nos van a ayudar a conocer los modos de vida de los seres humanos que hace aproximadamente unos cuarenta mil años vivieron allí.

La clasificación anatómica, taxonómica, por sexo y por edad de los animales físicamente representados por sus restos, y las conclusiones de tipo paleobiológico que entrañaban, han sido un paso previo a cualquier otro planteamiento interpretativo. Partiendo de este cúmulo de datos en la segunda parte del trabajo se ha conducido mediante las propuestas tafonómicas actuales a discernir quien o quienes han sido los agentes causantes de la acumulación arqueofaunística del yacimiento.

En dicho yacimiento se encontró una elevada proporción de carnívoros de gran tamaño como hienas, panteras, leones, osos, lobos, etc. Había también vestigios de ocupación humana. La cuestión básica era discernir si los restos de los herbívoros hallados respondían en exclusiva a la actividad del Hombre de Neandertal o también a la de otros carnívoros.

El capítulo tercero, "La cuantificación de los restos", es quizás el primer paso antes de enfrentarse a un estudio arqueofaunístico de un yacimiento. A partir de la cuantificación de estos restos se comenzará el resto del estudio. Se trabaja con tres variables importantes de el

Número Mínimo de Individuos (MNI), el Número de restos Identificables o no (NRI, NR) y el Peso (W). El cálculo de estas variables es seguido por la autora según los criterios de varios y prestigiosos autores, y en el libro cuenta la forma de detectar cada número de ellos.

En el capítulo cuarto, "El estudio de las especies" se advierte al principio que es un simple extracto de lo que fue su Tesis Doctoral, a pesar de lo cual es bastante aclaratorio sobre el tema que trata. En total el conjunto esta formado por 23.115 piezas, y a parte nos encontramos con restos óseos de *Homo sapiens neanderthalensis*.

Las especies estudiadas son entre otras: *Equus caballus* y *Equus hydruntinus* (caballo y asno salvaje), *Dicerorhinus* (Rinoceronte), *Cervus elaphus* (ciervo), *Capreolus capreolus* (corzo), *Bovidae* (Grandes Bovidos), *Capra pirenaica* (cabra pirenaica), *Canis lupus* (lobo), *Vulpes vulpes* (zorro), *Ursus spelaea* (oso), *Panthera spelaea* (pantera), *Panthera leo* (leon). También ha sido estudiada en este yacimiento la avifauna por Hernández Carrasquilla, de la Universidad Autónoma de Madrid y la Microfauna, realizado el estudio por Guillén, en cuyo informe preliminar habla de roedores, insectívoros y quiropteros.

En el capítulo quinto: "La composición taxonómica", se habla de la frecuencia de las especies en cada nivel concreto de la cueva, tanto de ungulados, como de lagomorfos o carnívoros. Éste como otros capítulos del libro viene magníficamente acompañado por diferentes gráficos y tablas que nos ayudan a entender el texto. Habla en primer lugar de los herbívoros y después de los carnívoros, comentando la presencia detallada de cada especie en cada nivel estratigráfico. Concluye el capítulo añadiendo que es habitual lo que se observa en este yacimiento como en otros de ámbito mediterráneo, donde hay un claro dominio de los herbívoros, que indican un clima templado, más o menos húmedo y vinculado al entorno donde se encuentra el yacimiento.

En el capítulo sexto: "Los agentes depredadores", se hace referencia a los posibles agentes que pueden haber sido potenciales responsables directos o indirectos de la formación del conjunto óseo recuperado. Es de destacar que algunos animales carnívoros, no solamente presentan huella de no haber sido cazados por los hombres sino que además estos podrían haber sido claros competidores de éstos en las tareas de la caza. Los animales carnívoros de mediano tamaño son los que más probabilidades tienen de haber sido los presuntos agentes de la caza y del transporte de otros animales a la propia cueva.

En el siguiente capítulo: "Los perfiles de mortalidad y la estacionalidad", se hace referencia a los patrones de mortalidad de las presas realizados a partir de los datos de la edad de muerte, para saber zoológicamente si ésta fue por perfil catastrófico o atricional (desgaste). El perfil catastrófico se caracteriza porque las sucesivas clases de edad cada vez van teniendo menos individuos, este tipo obedece a causas catastróficas como erupciones volcánicas,

terremotos, sequías, etc. El perfil atricional o de desgaste es el resultado de una mortandad que afecta principalmente a los miembros más débiles (infantiles, juveniles), no afectando en primer lugar a los miembros adultos de una población.

En el capítulo octavo: "Las partes esqueléticas", se trata de la frecuencia de dichas partes observadas en los animales de Gabasa 1. Trata de saber si los restos óseos allí presentes fueron transportados por ungulados o por otros hombres. El estudio de las partes esqueléticas halladas en un yacimiento es uno de los puntos esenciales de los trabajos arqueozoológicos, pero además señala la autora que en yacimientos paleolíticos este tipo de estudios cobra aún mayor importancia, debido a que alguno de los comportamientos de estos grupos tienen un fiel reflejo en la composición anatómica de las especies representadas.

Blasco detalla a lo largo de todo el capítulo cuales eran las partes esqueléticas más consumidas, cuales las menos y el porque de estas diferencias optadas por los cazadores. A ellos les era más rentable transportar una determinada parte del esqueleto, que otra a lo mejor igual de pesada pero con menos aporte energético, calórico y nutricional. Hay que señalar que se habla también de que dependiendo del grupo de cazadores que fueran elegirían una zonas concretas u otras, y dependiendo también de las necesidades que tuvieran. Si necesitaban pieles para prendas de vestir por el frío, tendones para sujetar o usarlos como cuerdas, médulas con gran cantidad de proteínas, abundancia de carne para alimentar a un gran grupo, etc...

En este capítulo se trata de los restos de *Homo sapiens neanderthalensis* hallados en la cueva que pertenecen a dos hombres adultos, dos jóvenes, uno de ellos del sexo femenino y dos niños. Los restos aparecieron en diferentes estratos, esto puede significar que allí vivieron y quedaron o también que fueran presas de animales carroñeros que los devoraran allí, aunque los restos no presentan huellas ni de carnicería antrópica ni de animales carnívoros. Son eso sí restos esqueléticos pertenecientes a las extremidades del esqueleto humano por lo tanto pudieron haber sido transportadas por las hienas allí (cubiles).

El capítulo noveno: "Las alteraciones óseas", trata de saber cuales fueron estas alteraciones y cuales no, hechas por las actividades humanas o de animales. En los restos óseos pueden quedar marcas de dos tipos, por una parte de una acción antrópica y por otra parte de una acción de animales carnívoros y carroñeros. El hombre puede actuar indirectamente por medio de un utensilio, generalmente de sílex, dejando entonces unas marcas muy claras, o bien directamente fracturando un hueso largo para extraer la médula. Los depredadores también dejan sus huellas en los restos óseos y por supuesto también hay otros tipos de alteraciones (roedores, raíces, alteraciones postdeposicionales, etc..) que no tiene por que estar relacionada íntimamente con nada de lo descrito anteriormente.

El último capítulo del análisis tafonómico titulado: "La organización del espacio", trata

de saber a partir de la repartición de los vestigios óseos según en las zonas de la cueva donde estuvieran, las diferentes áreas de actividad que allí se habían realizado. Tanto los animales como los hombres sitúan sus áreas de actividad en determinados entornos, dependiendo también de las limitaciones medioambientales que éstos tengan. Todos tienen unas pautas determinadas de comportamiento a la hora de organizar el espacio de habitación.

Esta obra es un ejemplo claro de como hacer los restos óseos más interesantes a la hora de conocer como eran los modos de vida de nuestros antepasados. Al igual que en el estudio lítico de cualquier yacimiento no debemos nunca quedarnos en criterios tradicionalistas de simples listados, cuantificaciones y láminas, en el estudio faunístico ha de suceder lo mismo.

Hasta hace pocos años era muy común y aún hoy en día el estudio faunístico que aparece en muchas monografías de determinados yacimientos como un simple apéndice para que quede constancia de que se han estudiado, pero en muy pocos libros están estos resultados en clara conexión con el momento histórico que se estudia. Esta obra aparece no solo como un simple estudio faunístico de un yacimiento, sino también con una serie de conclusiones y de aportaciones a los modos de vida y de trabajo de las sociedades de cazadores-recolectores que la autora ha estudiado a partir de las inferencias de la fauna. A través de estos restos podemos y debemos intentar reconstruir el pasado, ya que al fin y al cabo esa es una de las principales tareas de la Historia.

Castañeda Fernández, Vicente. Recensión:

CANTALEJO DUARTE, Pedro, ESPEJO HERRERÍAS, M^a del Mar y RAMOS MUÑOZ, José, 1997: Cueva de Ardales. Guía del legado histórico y social. Ayuntamiento de Ardales. Málaga. Pp. 108.

Con motivo del 175 Aniversario del descubrimiento de la Cueva de Ardales (1812-1996), se ha publicado una guía divulgativa que pretende acercar al visitante a la cueva. Este trabajo, producto de las investigaciones realizadas por los autores en los últimos quince años, tiene por objetivo profundizar en las diferentes formaciones sociales que habitaron en la Cueva de Ardales (Ardales, Málaga).

Los autores, desde los planteamientos teóricos y metodológicos de la Arqueología Social, realizan un estudio coherente de las formaciones sociales de cazadores-recolectores y tribales, centrándose en el modo de producción, sus modos de vida, modos de trabajo y su cultura. Así, estos huyen de los planteamientos de la Arqueología Tradicional, donde se priva la descripción de los productos arqueológicos, para adentrarse en aspectos sociales, económicos y culturales de las poblaciones que habitaron la cueva a lo largo de milenios.

El primer bloque está centrado en aspectos de interés para las personas que deseen visitar la Cueva de Ardales, la cual se encuentra en un paraje natural privilegiado. Así, encontramos datos de interés relacionados con la situación geográfica y las carreteras de acceso a Ardales, como concretar previamente con el ayuntamiento la visita, en que condiciones se realizará la visita a la cavidad, las diferentes actividades culturales que se pueden realizar en su entorno (visita a la Sala-Interpretación Museo de la Cueva de Ardales y al Museo Municipal Parque Ardales) y la importante infraestructura turística que se encuentra en el mismo.

La segunda parte, dedicada a la Historia de la cavidad, comienza con su descubrimiento en 1821, los posteriores intereses de la burguesía malagueña en la explotación económica de la cavidad (dotando a la gruta con escalinatas, luces de aceite y un amplio recorrido), la visita de H. Breuil y la publicación del arte en *L'Anthropologie*, la declaración de monumento nacional y el abandono que sufrió tras la Guerra Civil, el redescubrimiento vinculado al Equipo de Espeleólogos de la Sociedad de Excursionistas, y su posterior estudio vinculado a los arqueólogos firmantes.

El tercer gran bloque en el que se divide la obra está dedicado a la geología y descripción de las diferentes salas de la cueva. Aquí, se realiza la descripción geográfica, la evolución geológica que ha sufrido la cueva, y las diferentes salas y galerías en las que se divide la cavidad, explicando cuales son las que presentan un mayor interés histórico.

La cuarta parte está dedicada a las diferentes formaciones sociales que habitaron la cavidad, donde, siguiendo unos planteamientos teóricos y metodológicos coherentes, los diferentes útiles, las pinturas y las cerámicas no son sino datos clasificados y estudiados que les permitirán escribir la Historia.

La primera ocupación humana del territorio, aunque por falta de excavación no ha podido ser constatada en el interior de la Cueva, está asociada al *Homo sapiens neandertalensis*. Así, se han documentado productos arqueológicos pertenecientes a este hombre en las inmediaciones de la cavidad (carril de la Calinoria y terrazas del río Turón).

La segunda ocupación humana en el territorio, ampliamente documentada en la cavidad, está representada por las ocupaciones estacionales y cíclicas de bandas de cazadores-recolectores especializados. Para los autores, la Cueva de Ardales es interpretada como un campamento base en la frecuentación estacional de verano de estas comunidades, donde se realizaría la caza de manadas de caballos, cabras y ciervos. Al mismo tiempo, en la cavidad la agregación y concentración de bandas, permitiría llevar a cabo una intensa vida social (propiciando nuevas parejas para evitar la endogamia, iniciación de los jóvenes en la caza, intercambio de conocimientos y materias primas ...).

Estas comunidades que habitaban estacionalmente la cavidad procederían de varios medios, algunos cercanos como la Bahía de Málaga, y otros más alejados como las Sierras de Cádiz y el Valle del Guadalquivir.

El arte de la Cueva de Ardales, vinculado a las comunidades de cazadores-recolectores especializados entre el 20.000 y el 16.000 B.P., es explicado en la guía de forma divulgativa por medio de una amplia gama de dibujos. Este arte, siguiendo la trayectoria teórica y metodológica propuesta por los autores, no es interpretado desde los planteamientos mágico-religiosos o desde el Estructuralismo, sino desde un ámbito social y económico donde la Cueva de Ardales se convertiría en un Santuario.

El estudio de los motivos faunísticos y del lugar que ocupan en la cavidad, han permitido demostrar la existencia de una verdadera organización espacial de la misma realizada por parte de los cazadores-recolectores especializados. Esta organización del espacio ha permitido identificar unos motivos artísticos simbólicos (puntuaciones, trazos, manchas, triángulos ...) en la entrada y en las galerías marginales, mientras que en la sala central o "Santuario Principal" se documentan grandes escenas, fruto de las agregaciones de animales (ciervas, caballos ...) y símbolos complejos.

La siguiente ocupación humana, vinculada a las formaciones tribales de pastores y agricultores del V y III milenio a.n.e., se relacionan con lugares de pastoreo de aldeas agrícolas del entorno. Durante estos momentos, en la Cueva de Ardales, dentro de un modo de

producción agropecuario, se evidencia la presencia de zonas vinculadas a hábitat y a necrópolis. Los productos arqueológicos están caracterizados en las cerámicas por las formas de consumo (cuencos), de producción de alimentos para el consumo (ollas), para el almacenaje (orzas), mientras que las herramientas de sílex se caracterizan por las de uso doméstico y las de producción.

Sin duda la publicación de esta nueva monografía por parte del Ayuntamiento de Ardales, convierte a este municipio en un modelo ejemplificador que debería transportarse a otras zonas. Así, el “modelo Ardales”, ha permitido unir el desarrollo económico del municipio y las investigaciones arqueológicas serias, en un objetivo común como es el turismo cultural tan demandado en nuestro tiempo.

La publicación de esta guía ha permitido llenar un vacío dentro de este “modelo” como es la divulgación a los ciudadanos de los resultados científicos a los que han llegado los investigadores. Así, se cumple uno de los objetivos que debería plantearse todo historiador, como es la divulgación de la Historia.

Sin duda alguna, sólo el reconocimiento de este pasado permitirá un mayor respeto hacia el patrimonio por parte de todos los ciudadanos, y al mismo tiempo, como afirma Fontana, es una herramienta que nos ayude a los hombres a mejorar nuestro presente y construir un futuro mejor.



Sánchez Liranzo, Olga. Recensión:

RAMOS MUÑOZ, José, et al., 1996: El Paleolítico Superior Final del río Palmones (Algeciras, Cádiz). Un ejemplo de la tecnología de las comunidades especializadas de cazadores-recolectores. Instituto de Estudios Campogibraltares. 86 láminas, pp. 251.

El trabajo que aquí se presenta es mucho más que "un ejemplo de la tecnología de las comunidades especializadas de cazadores-recolectores", es sobre todo un ejemplo de trabajo en equipo. Es labor del Prof. José Ramos aunar a este grupo de jóvenes investigadores, al que ha sabido transmitir ese entusiasmo por los estudios prehistórico líticos.

Como se ha comentado es éste un trabajo realizado por un gran equipo (más de veinte personas), sin embargo no se pierde la línea común, pienso que ello se debe principalmente a que todos trabajan bajo el mismo enfoque teórico del materialismo histórico, que se convierte en la columna vertebral de este estudio científico, lográndose así gran coherencia en dicho trabajo.

Desde el principio (*Introducción*), se ponen de manifiesto cuáles son los objetivos de la publicación del libro, que como veremos a lo largo de su lectura serán cumplidos (e incluso sobrepasados). Estos objetivos son: "*presentar*" las evidencias de la existencia de un tránsito de Magdaleniense Superior a Epipaleolítico en el río Palmones (Algeciras); "*expresar*" su análisis e "*intentar inferir*" aportaciones al conocimiento de las formas económicas y sociales (p.12).

En la primera parte del libro se exponen los datos que se extraen sobre "*El yacimiento del río Palmones*". A pesar de todo, no es un bloque meramente descriptivo. Iremos viendo como plantea algunas novedades en relación al tratamiento de los datos, así como reflexiones sobre los modelos morfo-tecnológicos empleados en la definición de la industria de lítica del Palmones.

El yacimiento del Embarcadero del río Palmones está situado en una terraza fluvial, en ella se encontraron los restos de industrias líticas "in situ", gracias al desmantelamiento de dicha terraza y con el posible peligro de la destrucción del yacimiento (Capítulo 1).

No sólo interesante, sino necesario es el "*Estudio geológico del yacimiento del río Palmones (Algeciras, Cádiz)*" (Capítulo 2). En general, son escasos los estudios líticos que se acompañan de un estudio serio mineralógico y petrológico mediante el análisis macroscópico y microscópico (de láminas delgadas), "*para la identificación y el diagnóstico de las materias primas*" usadas. En el caso del Palmones son mayoría las rocas silíceas (más de cinco tipos distintos) y en menor medida las areniscas, estas últimas usadas para los útiles líticos grandes y medianos. Este capítulo se acompaña de fotografías de gran calidad de láminas delgadas de

todas y cada una de las distintas rocas identificadas. Considero este trabajo una buena muestra del esfuerzo por parte de geólogos y prehistoriadores para la realización de estudios interdisciplinarios, mostrando así la potencialidad de este tipo de análisis sobre la industria lítica prehistórica.

A continuación se hace un "*Estudio de la cultura material. La industria lítica tallada*" (Capítulo 3), es una primera aproximación al análisis descriptivo. En el capítulo se incluyen dibujos de gran calidad, así como fotografías de algunos de los tipos más significativos. Parece ésta, a primera vista, ser la parte más mecánica y poco novedosa de cualquier análisis de industria lítica, sin embargo, su originalidad en la realización del estudio tecnológico y morfológico es fundamental. Se hace uso de los tres modelos básicos: el de Sonnevile-Bordes y Perrot, el de Fortea y el de Laplace. Esto supone un enorme esfuerzo por parte de los investigadores, no sólo por el triple análisis, sino también, por la operación de poner en relación a estos tres modelos que a menudo han aparecido como irreconciliable para la mayoría de la comunidad científica, y que en cambio en este trabajo ha permitido "*exprimir*" al cien por cien todas las posibilidades que presenta a nivel descriptivo la industria lítica. Es importante subrayar, sin embargo, que la aplicación de estos tres modelos no ha sido automática al contrario siempre se ha realizado desde una postura crítica y revisionista. De hecho, se muestra también muy prudente con el análisis tipométrico (Capítulo 4) desarrollado por Bagolini sólo aplicable a los restos de talla. Sigue principalmente el modelo de Laplace para el análisis cuantitativo, aunque siempre poniéndolo en relación con Fortea.

De gran utilidad resulta la exposición de todos los cuadros y gráficos que acompañan al libro, ya que permiten hacernos una idea muy completa del conjunto industrial del Palmones (p.165-187). A pesar de la profundidad de estos análisis lítico tienen constantemente presente que dicha analítica está "*mediatizada por la falta de estratificación*" (p.161).

La segunda parte del libro constituye el bloque más interesante, es aquí donde los investigadores se comprometen más a nivel científico y donde sobrepasan lo meramente descriptivo.

La reflexión que "*Sobre la movilidad de cazadores-recolectores (frecuentación y territorialización)*" (Capítulo 5) realiza José Ramos es una de las más sustanciosas por las críticas y aportaciones que sobre el tema de los modelos ocupacionales se hacen, nunca antes realizado en el contexto del Paleolítico Superior de Andalucía. Como ya adelantaron los autores en la introducción es un capítulo conceptual. Este investigador critica (a C. Gamble) la excesiva movilidad con que se caracteriza a la formación económico-social de los grupos de cazadores-recolectores. Desde una profunda reflexión sobre el asunto plantea como alternativa la aplicación del concepto de "*territorialidad*" para la movilidad y estacionalidad de estos

grupos especializados. La propiedad del territorio, aunque no de sus medios de producción, parece que es *"el precedente de la propiedad territorial de la sociedad tribal"* (p.197). En el capítulo se hace una interesante crítica a los modelos de adaptación funcionalista de Clark y Gamble, cuya influencia en los estudios paleolíticos peninsulares ha sido fundamental, y a menudo han sido acogidos sin reflexión. Como alternativa propone el establecimiento de relaciones entre el espacio, y los recursos, pero también entre los comportamientos grupales y las estructuras sociales *"desde una perspectiva social de la arqueología"*.

De vital trascendencia, para completar toda esta serie de reflexiones sobre la movilidad y la estacionalidad de los cazadores-recolectores, es analizar la problemática concreta del Paleolítico Superior de Andalucía, señalada en la página 203, y entre las que habría que añadir el desarrollo y la potenciación de los análisis funcionales de la industria lítica que ayudarían a *"la definición del modo de producción, modos de vida y modos de trabajo en el seno del desarrollo de las comunidades de cazadores-recolectores"* (p.203).

A continuación Pedro Cantalejo en el *"Arte Paleolítico del Sur peninsular"* (Capítulo 6) pone en relación, por un lado, las manifestaciones artísticas con los santuarios del interior; por otro, las relaciones de los yacimientos tecnológicos con los santuarios del sur (Banda Atlántica y Bahía de Málaga); y por último, las relaciones con los pequeños y los grandes santuarios. Desde su conocimiento de la banda atlántica y bahía de Málaga señala que habría que estudiarlos y explicar *"su funcionamiento como espacios sociales organizados"*. Además, se reclama la necesidad de integrar los estudios de arte paleolítico con los complejos tecnológicos, *"sólo así podremos tener una visión más completa y real de las formaciones sociales de los grupos de cazadores-recolectores del sur de la península Ibérica"*.

Posteriormente, se hace una *"Valoración del conjunto lítico del Palmones en un enmarque regional en el Paleolítico Superior Final y Epipaleolítico"* (Capítulo 7). En relación con la estratigrafía de Cueva Ambrosio, a nivel tecnológico el Palmones se encuadra en el sustrato previo al Solutreogravetiense, según sus investigadores, documentado ya en la costa de Málaga (El Bajondillo, Higuera y Nerja), y en su interior montañoso (Boquete de Zafarraya y Tajo del Jorox). Con este yacimiento comienza a manifestarse la presencia de este sustrato en la banda atlántica (junto con Gibraltar, La Fontanilla, Cueva del Levante). Esto hay que ponerlo en conexión con la movilidad y estacionalidad de estos grupos. De gran trascendencia parecen por tanto, las relaciones que se establecen con los yacimientos de la Bahía de Málaga (Hoyo de la Mina y Nerja).

En general, las características de la industria lítica (equilibrio entre el grupo de buriles y raspadores; buena representación de láminas de bordes abatidos, de láminas y laminillas con muescas y denticulados; el microlitismo geométrico con triángulos y microburiles; así como la

presencia de perforadores y truncaduras) indican la existencia de un Magdaleniense final que se superpone a un epipaleolítico en la costa de Málaga según la evidencias del Palmones (recuperando las ideas de Jordá y Fortea).

En el último capítulo se hace un "**Balance sucinto del yacimiento**" (Capítulo 8). Se resalta la necesidad de realizar una la excavación entre otras razones porque ayudaría al "*estudio tafonómico, de biomasa y paleoeconómico del yacimiento*" (p.244). Se ha señalado la existencia de otros enclaves al aire libre del Paleolítico Superior Final en la bahía de Algeciras (Torre del Almirante y El Pinar del Rey). Queda claro por tanto, que es imprescindible la definición cronológica de este tránsito Magdaleniense Superior Final y Epipaleolítico en la que ha de enmarcarse el yacimiento del río Palmones, que por su homogeneidad tecnológica habría que situar entre 10.320+/-220 BC (por el nivel XVI de Nerja) y el 8.420 +/-150 BC (por el microlaminar de Mallaetes).

En síntesis, este trabajo nos presenta un nuevo yacimiento localizado en el río Palmones enmarcado en la transición Magdaleniense Superior Final-Epipaleolítico. Pienso que debe considerarse como un modelo a seguir por lo renovado y crítico que se muestra tanto metodológica como teóricamente. De gran importancia es la bibliografía especializada y amplia que aparece en cada uno de los capítulos, caracterizada por su renovación y puesta al día, sin olvidar evidentemente las que son obras clásicas del paleolítico, que a menudo no están tan superadas como se suponen.

A pesar de la profunda analítica que se aplica a la tecnología lítica, siempre mantienen una postura prudente que creo que es constante a lo largo de la obra. Este estudio se ve limitado por la falta de estratigrafía, es decir por su correspondiente excavación, sin embargo esta monografía pone de relieve el enorme potencial lítico del yacimiento.

Sería injusto por mi parte concluir esta recensión sin hacer alusión a la enorme labor y esfuerzo por hacer pública a la comunidad científica, casi de inmediato, los resultados de este yacimiento recién descubierto, en un marco como es el del Paleolítico Superior Andaluz, donde las publicaciones brillan por su ausencia.

Pérez Rodríguez, Manuela. Recensión:

ESCACENA CARRASCO, J.L., RODRÍGUEZ DE ZULOAGA MONTESINO, M., LADRÓN DE GUEVARA SÁNCHEZ, I., 1996: Guadalquivir salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en las antiguas bocas del río. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Sevilla. Pp. 313. 209 figuras. 30 láminas.

Este libro aborda el estudio del yacimiento de "La Marismilla" (La Puebla del Río, Sevilla), tras dos campañas de excavación: una primera realizada con un pequeño sondeo y una segunda, donde se amplió la extensión del corte. En su totalidad la obra se estructura en ocho capítulos.

En el primer capítulo, se realiza un pequeño balance histórico de la zona, desde el Paleolítico Superior hasta la Edad del Bronce, si bien los autores mencionan la carencia y el desconocimiento que poseen sobre el Paleolítico Superior y la transición al Neolítico, a pesar de los hallazgos existentes en otras zonas cercanas del Guadalquivir y del Campo de Gibraltar.

Por lo expuesto, queda bastante por investigar en toda la zona, haciéndose incluso necesario investigaciones que abarquen este área del Guadalquivir desde perspectivas territoriales y diacrónicas más amplias. De momento las ocupaciones sobre Prehistoria Reciente vienen a inaugurarse en el IV milenio a.C., aceptándose sin ninguna valoración o contrastación crítica con los hallazgos materiales de la zona la hipótesis de la "revolución de los productos secundarios", que parece encajar (de forma muy forzada) con la interpretación de los autores sobre el asentamiento.

En los siguientes apartados se delimita el área excavada y la descripción del paisaje contemporáneo, con un intento aproximativo de lo que debió ser en el IV milenio a. C., aunque esto es más que una suposición, ya que no se realizaron analíticas en la excavación para averiguar las transformaciones del paisaje desde la fecha en la que se data el yacimiento a la actualidad, lo que hubiera sido de gran importancia para delimitar el impacto que tuvo sobre el mismo la explotación que del medio natural hicieron las comunidades humanas a lo largo de la Historia.

En el capítulo segundo se exponen las estrategias que se trazaron a la hora de intervenir en el yacimiento y como se plantearon e hicieron las campañas de excavación.

En los capítulos 3 y 4 se realiza la descripción empírica de la excavación y los materiales. Se hacen algunas consideraciones sobre el estudio realizado y se aboga por la recuperación de interpretaciones difusionistas frente a las tendencias autoctonistas.

En el capítulo 5 se realiza una nueva descripción de los materiales con el recurso a los paralelos.

A lo largo del capítulo 6, se discute en torno a la adscripción normativa del yacimiento

según las formas cerámicas.

En el capítulo 7 se da una interpretación funcional del yacimiento. Este se correspondería con “una salina explotada con carácter temporal por grupos humanos que no vivían de forma permanente en aquel sitio”. La sal se obtendría por la cocción artificial del agua de mar, en unas fosas que servirían como hogares. En estas fosas no aparecen restos de carbón o ceniza, aunque esto no detiene a los autores en su consideración, girando toda su argumentación en torno a la enumeración de paralelos etnográficos.

Consideran que los grandes recipientes encontrados en el sitio indicarían su uso para producir salazones de carne o pescado.

La producción salinera se pone en relación con el pastoreo, ya que a los animales para su alimentación correcta tendrían que proporcionarles algunas cantidades periódicas de sal, de ahí la relación con la “revolución de los productos secundarios”, que se utiliza forzosamente para apoyar esta idea.

Se reivindica la economía autárquica para las poblaciones neolíticas, “ya que estaríamos ante gentes que serían a la vez pastores, alfareros, salineros y tejedores, quizás entre muchas cosas”. De esta forma, se ignora al menos un hecho que parece que tiene lugar en las sociedades del IV milenio a.C.: la existencia de amplias redes de circulación de productos (p.e. las cuentas de variscita, hachas de sillimanita, etc.), que poco tiene que ver con una economía autárquica.

Por otra parte, la actividad del pastoreo no está corroborada por los estudios faunísticos pertinentes, así como por la presencia de los correspondientes restos óseos.

En el capítulo 8 hace las valoraciones últimas sobre el yacimiento, con el fácil recurso de los paralelos y recurriendo a ese “bendito” difusionismo, no ya enmascarado bajo conceptos como el de “ola de avance”, sino recogiendo ideas de autores que en algunos casos se remontan a los años 40, cuando en nuestro país el difusionismo no era tan sólo una corriente de pensamiento arqueológica, sino además la más conveniente y propicia a la ideología franquista de la época, debido sobre todo a los intereses españoles en el norte de África. Así, para los autores: “El análisis global del complejo cultural al que pertenece La Marismilla nos ha permitido trabajar en una hipótesis que, estando aún por confirmar y por aquilatar en muchos de sus pormenores, supone una ruptura con las ideas hasta ahora defendidas por la investigación reciente de este mundo, si bien no tanto con otras visiones hoy “pasadas de moda”. Esta interpretación se basa en presupuestos difusionistas, tan denostados hasta hace muy poco -y todavía- por muchos investigadores españoles y portugueses demasiado atados a los movimientos pendulares de la historiografía relativa a la Prehistoria Reciente”.

Los enfoques teóricos actuales en Prehistoria Reciente no dependen del capricho o gusto

por las modas de los/las profesionales de la Arqueología, sino que también dependen del concepto de la realidad que éstos/as tengan, es decir, que los debates son también a nivel ontológico (teoría de la realidad), lo que implican que se extiendan a nivel de la teoría del conocimiento y, por tanto, a nivel metodológico.

El difusionismo, como está planteado por los autores, lleva a establecer en primer lugar paralelos con el badariense antiguo, pero “dada la lejanía geográfica entre unos y otros no sería necesaria una correspondencia cronológica exacta entre ambas manifestaciones culturales para establecer vínculos genéticos”, sino que “los parecidos se establecen no a causa de una relación directa entre los dos focos, sino con base en su procedencia común a partir de una misma zona geográfica originaria”. Esta zona sería el Sahara, defendiéndose una migración de población debido a la progresiva desertización del medio que, a su vez, provocaría la dedicación de estos pueblos a la ganadería nómada, adornando este difusionismo (al más puro estilo decimonónico) con un poco de adaptacionismo medioambiental, propio del funcionalismo, muy de moda entre muchos prehistoriadores españoles.

A estas interpretaciones se llega utilizando como única técnica la ordenación y descripción de las formas cerámicas y la búsqueda de sus paralelos, con una forma de hacer arqueología que recuerda mucho a la realizada por los difusionistas del siglo XIX. Ésta no ha sido abandonada por capricho, sino que los debates teóricos han servido para plantear nuevas metodologías desde la elaboración de teorías de observación, además de la utilización de análisis realizados por ciencias auxiliares, lo que ha llevado en muchos casos a la posibilidad de construir auténticas explicaciones sobre las sociedades de la Prehistoria.

Por último, se obvian los hallazgos que al menos desde el Paleolítico Medio y hasta el II milenio a.n.e. se vienen realizando en todo el valle del Guadalquivir, y zonas adyacentes a éste, lo que implicaría a la indagación de relaciones causales que lleven a la explicación de procesos históricos, así como a la búsqueda de relaciones entre asentamientos y por tanto, entre territorios. La utilización de conceptos normativos como el de Neolítico Atlántico Tardío, oscurece más que alumbra el conocimiento de la realidad social del desarrollo de las comunidades campesinas en el sur peninsular, ya que la fragmentación del territorio en círculos culturales (en base a los parecidos en los estilos cerámicos) obvia las relaciones territoriales que debieron existir entre las comunidades, dada la presencia de redes de circulación de materiales puesta de manifiesto por las analíticas realizadas por especialistas de otros campos.

Ignorar determinadas evidencias que ya han sido manifestadas por investigadores, bajo la excusa de estar de moda, lo único que consigue es una “no explicación” de los procesos sociales que tuvieron lugar en la Prehistoria de nuestra región.



Cáceres Sánchez, Isabel. Recensión:

ROMÁN DÍEZ, M^a de la Paz, 1996: Estudios sobre el Neolítico en el Sureste de la Península Ibérica. Síntesis crítica y valoración. Servicio de Publicaciones. Universidad de Almería.

Ver en la portada de un libro "Síntesis crítica y valoración sobre el neolítico...", no debe dejar impasible a cualquier persona que se dedique al estudio de la Prehistoria. Son pocos los investigadores que se atreven a realizar una crítica de las investigaciones realizadas por otros, considerados "científicos", de un área de nuestra historia, estando ésta tan llena de historicismo cultural.

La autora, en la "Introducción", ha pretendido realizar un estudio de las investigaciones sobre el Neolítico en el Sureste peninsular desde un enfoque "histórico y social" (hecho que es muy aceptable y respetable de todo investigador que debe de partir de unas bases metodológicas en sus trabajos de investigación), pretendiendo enfocar cada estudio desde una posición teórica-metodológica y no de una "cuantificación" de los datos obtenidos por dichos autores; aunque a veces le ha resultado dicha tarea difícil ya que hay estudios que no tienen ninguna base teórica y mucho menos metodológica.

El libro en sí constituye su Memoria de Licenciatura sobre el Neolítico en el Sureste de la Península Ibérica, que consta de 9 capítulos, a lo largo de los cuales va desarrollando una serie de reflexiones de los diferentes estudios que hasta el presente tenemos sobre el Neolítico y donde sienta las bases de lo que será el estudio de las comunidades del sureste peninsular en la transición del Neolítico al Calcolítico.

En la primera parte del libro plantea los dos grandes pilares que se debe apoyar todo investigador que se dedique a la Prehistoria, uno es la "reflexión" que debemos tener ante cualquier "análisis" y otro es una llamada al "debate" que cada día estamos defendiendo los que nos dedicamos al estudio de la Prehistoria.

Los trabajos de Prehistoria "Contexto histórico de la situación profesional de la Prehistoria...." comienzan en nuestro país por iniciativas privadas creándose la *Sociedad Numismática Matritense* (1837) y no será hasta 1884 cuando se produzca la separación entre asignaturas como Arqueología e Historia de las Bellas Artes. Habrá que esperar la llegada de Bonsor (1881) y Siret (1883) para comenzar las excavaciones sistemáticas en nuestro país.

Como bien queda reflejado, no será hasta la década de los cuarenta a los setenta cuando se consolida la Arqueología española, pero se olvida la autora de que a tal hecho se le debe de sumar las aportaciones de la creación de diferentes revistas y series como fueron: *Archivo*

Español de Arqueología, Excavaciones Arqueológicas en España, Noticiario Arqueológico Hispánico, Biblioteca Prehistórica Hispana, Ampurias, Pyrenae, Zephyrus, Caesaraugusta, Munibe, Príncipe de Viana, Estudios de Arqueología Alavesa, Excavaciones en Navarra, Koibe, etc., donde quedaron reflejados los trabajos de investigación que se llevaron a cabo desde dicha época y donde nos han ido aportando nuevos trabajos teóricos-metodológicos aparte de los tipológico-comparativos.

En el “**Contexto teórico y metodológico**” considera que la corriente principal en la que se opera en España sigue siendo aún el difusionismo o historicismo cultural, sin olvidar el idealismo, etnicidad, arqueología nacionalista, ecologismo cultural para el sureste, materialismo que hace su aparición en la reunión de Soria en 1981. Para terminar con una cita de J.M. Vicent donde demanda: “sería deseable un discurso crítico que defiriera a la Arqueología no sólo como proceso cognitivo sino también como acción social en cuanto proceso productivo que afecta al arqueólogo como sujeto de valores (éticos) y productor de valores (de cambio). Entre otras consideraciones, el positivismo arqueológico ha sido dirigido a la “producción de un pasado para justificar un presente”.

El objetivo de “**Panorama actual del estudio neolítico en la Península Ibérica**” es dar unas líneas generales del desarrollo del estudio del Neolítico en la Península. En este capítulo, M^a Paz Román ha conseguido con gran esfuerzo de síntesis sus objetivos, mostrando un buen conocimiento del Neolítico en la península.

Algunas lagunas geográficas consideradas hasta ahora vacíos poblacionales post-paleolíticos están aportando nuevos registros arqueológicos, aunque dentro de pocos años habrán nuevas aportaciones para el Neolítico, sobre todo en el sur.

En “**Los inicios del estudio del Neolítico en el Sureste español: L. Siret, P. Bosch-Gimpera, G. y V. Leisner**” realiza una pequeña introducción sobre el trabajo de los pioneros en el mundo del neolítico sin olvidar las obras de los autóctonos sobre “*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*” de donde se pasa de interpretaciones de “Antigüedades” por “colonia,” términos típicos del difusionismo que imperaba en la época.

En este apartado se realiza un homenaje a los primeros “maestros” de los estudios arqueológicos, defendidos por algunos y criticados por otros, pero sus obras han sentado gran precedente en nuestra historia. Así los hermanos Siret diferenciaron las tres fases del Neolítico: Fase I (Neolítico antiguo), Fase II (Neolítico Medio) y Fase III (Neolítico Final). Convirtiéndose Almería en esta época en una de las provincias más ricas en yacimientos excavados y dejando problemas aún sin resolver sobre la aparición de la metalurgia en el sureste o el origen de la cultura del Argar.

P. Bosch-Gimpera fue de los primeros investigadores que desarrollaron los trabajos de la "culturas," convirtiéndose en el investigador más joven de la península y en "maestro" del normativismo español y en el que actualmente se reflejan muchos seguidores de la Prehistoria.

Su obra pasó por varias fases, por "mapas de distribución", por "nacionalismos," en el sentido de pueblos con unas señas de identidad, y por "la cultura de las cuevas" y "la cultura de Almería" que distinguió cinco fases de dicha cultura.

G. y V. Leisner, en su trabajo se centran principalmente en realizar "cronologías relativas" a partir de los sepulcros en el sureste español, pero su obra quedó reducida a criterios tipológicos, como buscar orígenes étnicos.

En este capítulo, Román se limita a señalar los trabajos arqueológicos de los diferentes investigadores en la zona pero se olvida de dar una interpretación social de dichos resultados, no hay una conexión arqueológica con lo social, si partimos de una "Arqueología social" cualquier hecho arqueológico tiene que tener una interpretación social.

"**Los estudios del Neolítico en el Sureste peninsular de la postguerra...**", se realiza un estudio crítico de la investigación en España en esta época, así Martínez Santa-Olalla introdujo una variación en la nomenclatura hasta ahora estudiada: hispano-mauritanos para la Cultura de las Cuevas con cerámica decorada e ibero-saharianos par la Cultura de Almería.

La obra de San Valero refleja la preocupación de un crecimiento progresivo de la población, la transformación del paisaje y el cambio del utillaje por las nuevas necesidades. Fueron ideas nuevas para un Neolítico peninsular donde predominaban los trabajos de tipología. Hay que esperar a los años setenta donde Ana M^a Muñoz da nuevos enfoques al estudio de "modo de vida Neolítico" que supuso una ruptura con la metodología tradicional.

A lo largo de este capítulo se recopilan las interpretaciones del Neolítico peninsular en una metodología principalmente del "Neolítico de cuevas" y "Neolítico de cerámica decorada" tomando como único objeto de estudio la cerámica decorada o la cerámica lisa, sin tener en cuenta las nuevas concepciones teórico-metodológicas que ya imperaban en la época de los ochenta.

Ni aún en la década de los ochenta y noventa se siguen dando interpretaciones fehacientes sobre el Neolítico, en "**Algunos modelos recientes...**", autores anglosajones (Gilman, Chapman y Mathers) basan sus explicaciones en una complejidad social, donde para unos primarán recursos como el agua, para otros las diferencias climáticas y el liderazgo. Donde la Cultura de Almería no ha sido analizada, sino asimilada como base necesaria para poder hablar de una evolución autóctona en la explicación del cambio cultural. De modo que la idea de la colonización de la tierras altas de Andalucía a las bajas, es acogida de buen grado.

En “**Actuaciones arqueológicas recientes**”, se hace una aportación localista de la zona, haciendo referencia a los yacimientos de *Terrera Ventura*, *La necrópolis de la Churuletas*, *El bajo Almanzora: Campos y Zájara*, *Cuenca de Vera*, *Cuartillos y Almizaraque*, *Pasillo de Tabernas* y *Vertiente sur de la Sierra de los Filabres*, *Ciavieja*, *Cerro de los López*, y toda la problemática entre registro arqueológico y objeto arqueológico que no han puesto de acuerdo a los arqueólogos bien por utilizar criterios metodológicos tradicionales, bien por falta de dataciones absolutas, no se llegan a conclusiones coherentes en los diferentes modos de vida que van dando paso del Neolítico a la Edad del Cobre.

En general hay que decir que se ha realizado un excelente trabajo sobre una puesta al día del Neolítico del sureste desde unas bases teóricas, pero la autora se ha dejado en el tintero a investigadores que desde una “Arqueología Social” han estudiado el Neolítico del sureste, también adolece una puesta al día de la bibliografía sobre el materialismo histórico que sólo aborda a A. Testart, pero hay muchos arqueólogos que dan nuevas visiones históricas y que no se han tenido en cuenta.

Sería inicua terminar esta recensión sin reconocer el gran esfuerzo de síntesis historiográfica y crítica teórica-metodológica que la autora ha realizado de todo el Neolítico del Sureste peninsular mostrando gran conocimiento al emplear las teorías o conceptos de la Arqueología como ciencia histórica en la investigación desarrollada hasta nuestros días, creo que es una obra recomendable para todo el que se sienta atraído por los estudios de la Prehistoria así como para los alumnos que se inicien en este tema.

García Pantoja, M^a Eugenia. Recensión:

BELÉN DEAMOS, María, y CHAPA BRUNET, Teresa, 1997: La Edad del Hierro. Editorial Síntesis. Barcelona. Pp. 239.

Cuando nos planteamos el estudio crítico del libro que presentan María Belén Deamos y Teresa Chapa Brunet y leímos el título de su obra, *La Edad del Hierro*, lo primero que se nos ocurrió es que nacía con la vocación de convertirse en un manual para los estudiantes de Prehistoria y Arqueología, y de Historia en general. Sin embargo, al profundizar en su lectura nos percatamos de que sólo roza la superficie de los objetivos que, de forma bastante breve, se plantean en la Introducción: abordar "(...) de una forma global el desarrollo de la Edad del Hierro, tanto en la zona continental europea como en la Península Ibérica", observar "(...) una extremada diversidad de los procesos de transformación y en las características culturales de los numerosos grupos humanos que ocupan estos territorios" y limitar los momentos iniciales y finales de "muchos modelos políticos y sociales distintos" (Belén y Chapa, 1997, pp.9- ss.).

El texto se estructura en dos partes, en la primera se presenta de una forma sucinta la Edad del Hierro en Europa, con una breve introducción sobre la transición de la Edad del Bronce al Hierro (capítulo 1), centrándose en los paradigmas de los centros mediterráneos, Hallstatt y La Tène (capítulos 2-3).

La segunda parte se ocupa de la Edad del Hierro en la Península Ibérica. Se inicia con un capítulo dedicado a la transición hacia la Edad del Hierro (capítulo 4), seguido por el que se centra en los comerciantes y colonizadores orientales (capítulo 5). Los restantes capítulos están dedicados al estudio de la península por regiones: Tartessos, oriente peninsular, Meseta Norte y la Meseta y la fachada atlántica. Resulta llamativo que el capítulo 5, dedicado a los "colonizadores" griegos y fenicios, se sitúe antes que los dedicados a los pueblos de la península, haciendo que estas sociedades comiencen a existir en el ámbito atlántico mediterráneo a raíz de sus contactos orientales, obviándose de una manera flagrante las relaciones comerciales que ya se habían establecido en el pasado.

Analizando la estructura general de la obra, vemos que sigue un esquema lineal clásico, en el que los capítulos se quedan, no nos engañemos, a pesar de que algunos epígrafes presenten títulos sugerentes como "Otros tiempos, otras mentalidades", "Mundo funerario y estructura social", "Economía y población", en la descripción/pseudoexplicación de la "cultura material".

Percibimos con claridad que el libro en cuestión es incapaz de identificar una realidad

social concreta, porque carece de un planteamiento teórico y metodológico claro. Nos enfrentamos a un eclecticismo que mezcla el difusionismo y el neopositivismo, con un barniz postprocesualista, pero que no llega a superar el Historicismo Cultural. Las propias autoras *confiesan* que “es difícil encontrar aproximaciones teóricas explícitas en un campo que ha estado regido tradicionalmente por el descriptivismo” (el subrayado es mío), (Belén y Chapa, 1997, p.41). Por lo tanto, se decantan por un eclecticismo que a fin de cuentas no nos dice nada nuevo.

Desde nuestra posicionamiento de la Arqueología Social, partimos de que “son las formaciones sociales y no sus manifestaciones culturales, las que traducen en el tiempo y en el espacio los procesos que llamamos históricos” (Arteaga, 1992). Esta concepción *cultural* de las sociedades provoca que el estudio de las mismas se haga desde el problema de los orígenes y no al proceso histórico al que es debido (Arteaga, 1992).

Las formaciones económico sociales de la llamada desde el normativismo Edad del Hierro son definidas por parámetros tecnológicos y tipológicos, sin tener en cuenta que no es la introducción o generalización de una materia prima nueva con el aparato tecnológico que conlleva, como puede ser el hierro, el que determina el cambio social, sino las contradicciones que provoca en el seno de las relaciones sociales de producción y en las formas de propiedad.

El Historicismo Cultural ha encumbrado la capacidad civilizadora y el progreso realizado por determinados pueblos con un cierto “prestigio” otorgado, como no, por la escritura y el urbanismo, tomemos el ejemplo de los fenicios (“Fenicios en acción”, Belén y Chapa, 1997, p.97), los griegos (“Estamos ya, por tanto, ante el embrión de lo que será Grecia a partir del siglo IV a.C., quizá el punto de referencia más significativo del mundo antiguo”, Belén y Chapa, 1997, p.25) y los romanos, como ha señalado el Profesor Arteaga (Arteaga, e.p.).

Por la parte que nos toca, a veces tenemos la impresión de que los pueblos que se denominan “indígenas” o “autóctonos” de una forma casi peyorativa, no tenían otra cosa mejor que hacer que limitarse a esperar a que llegara la *civilización* desde Oriente, que los sacaría de su barbarie. Del mismo modo, se han obviado las sociedades clasistas que, desde al menos el III milenio a.n.e., nos encontramos en el mediodía peninsular. Al mismo tiempo, vemos algunas contradicciones en el texto porque se admite que los suelos habían sufrido una importante explotación... (Belén y Chapa, 1997, p.17), desde estos criterios difusionistas ¿por parte de qué comunidades?

La estructura social se caracteriza como *sociedades complejas*, que se definen como “sociedades jerarquizadas en las que el poder lo ejercían algunos individuos pertenecientes a

grupos dominantes” (Belén y Chapa, 1997, p.71) y a las que se les asigna una cronología entre los siglos X-VIII a.C. El concepto de *estado* se reserva a formaciones sociales exógenas como el caso de los fenicios.

El papel al que se ven reducidos estas sociedades “autóctonas” queda resumido en el siguiente párrafo: “Aunque no deja de ser una paradoja, a veces conocemos mejor los elementos foráneos (¿será porque han sido estudiados con mayor interés y profundidad por los historicistas culturales?) que los rasgos específicos de los grupos autóctonos, pero eso no debe llevarnos a minusvalorar el papel activo que éstos desempeñaron en la asimilación de las novedades que les llegaban del exterior” (Belén y Chapa, 1997, p.72). Más de lo mismo.

Bibliografía.

ARTEAGA, O., 1992: “Tribalización, jerarquización y estado en el territorio de El Argar”. Spal 1, Universidad de Sevilla, pp.179-208.

ARTEAGA, O., e.p.: “Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía. Reseña historiográfica”. Spal 4. Universidad de Sevilla.

BELÉN DEAMOS, M^a y CHAPA BRUNET, T., 1997: La Edad del Hierro. Ed. Síntesis, Barcelona.

Guzmán Armario, Francisco Javier. Recensión :

CELESTINO PÉREZ, Sebastián, Ed., 1995: Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente. Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Xeres-Sherry y Manzanilla de Sanlúcar de Barrameda. Jerez de la Frontera. Pp. 339.

"Duos sunt liquores humanis corporibus gratissimi: intus vini, foreis olei". Esta frase lapidaria de Plinio el Viejo (*N.H. XIV, 150*) sintetiza la importancia de los dos productos (a los que debería sumarse el trigo) que definieron, en el mundo antiguo, el desarrollo de la cultura grecolatina. El vino, sin embargo, más sofisticado, más rico en contenido simbólico-religioso, más complejo en sus manifestaciones económicas y sociales, se convierte, sin margen a la discusión, en uno de los estandartes de la civilización. Ya desde autores como Estrabón, el cultivo de la vid *"fue utilizado prácticamente como un signo que permite determinar el grado de habitabilidad de una región"* (*BERMEJO BARRERA, J.C., Vol. II, Madrid, 1986, p. 23*). Otorgado como don precioso por la divinidad, el vino trasciende, entonces, su mera dimensión actual de bebida alcohólica para convertirse en llave de inspiración, magia, elitismo y diferenciación.

Por todo ello, y nunca bien calibrada la significación del vino en el mundo antiguo, hay que felicitarse por la aparición de nuevos trabajos sobre el tema que arrojen algo más de información al respecto. Si dichos trabajos, como el presente (*"Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en Occidente"*, *Jerez de la Frontera, 1995*), se apoyan en profundos estudios arqueológicos, además de auxiliarse de los textos clásicos, las felicitaciones se justifican por partida doble.

En la presente obra nos encontramos con nueve artículos que intentan explicar el origen y la presencia del vino en la Península Ibérica, centrándose en la Protohistoria de la misma, fundamentalmente contextualizados en las áreas de cultura ibérica prerromana, en especial en su conexión con la realidad histórica de los contactos con los pueblos del Mediterráneo oriental. Por lo cual, el título del Congreso que los reúne comienza por parecernos desafortunado, en cuanto que son todos los que están, pero no están todos los que son. Aunque esto, desgraciadamente, viene siendo frecuente en este tipo de comunicaciones académicas. No obstante, pueden aportarnos algo de luz sobre éste, nuestro país, en una época que tanto y tan acaloradamente se discute. Siempre, por supuesto, que no se pretenda que la generalidad injustificada ahogue la riqueza y originalidad de los particularismos.

Naturalmente, la diversidad de los trabajos y de las ópticas desde las que se articulan se convierte en uno de los principales rasgos que definen al conjunto. Asimismo, los propósitos que persiguen también participan de la diferencia. De esta forma obtenemos desde consideraciones en

torno a la visión del vino en Iberia según los autores antiguos (*Dominguez Monedero, A.J., pp. 21-72*) hasta descripciones de vestigios arqueológicos puntuales (la de los espectaculares lagares del Alt de Benimaquí, por ejemplo, efectuada por *C. Gómez Bellard y P. Guérin en pp. 243-270*), pasando por misceláneas de corte un tanto anárquico y teleología confusa (*Ruiz Mata, "El vino en época prerromana en Andalucía occidental", pp. 159-212*). Sin embargo, todos los autores antiguos coinciden en dos puntos: la importancia del elemento "colonizador" oriental y la concepción del vino en Iberia sin profundizar (olvidando a veces) su valor como parte, mayor o menor, de un proceso de tensión social y diferenciación, que es inherente a la evolución de los grupos humanos a lo largo de la Historia.

No vamos a discutir aquí si el vino llegó a bordo de los navíos fenicios (a partir del siglo VIII aC., apunta agudamente *Ruiz Mata, p. 161*) o si nuestros antepasados ya bebían algo que se le pareciera en época preferencia (*M. Fernández Miranda, 1993, p. 97*, discute el origen oriental del vino en Tartesos). La arqueología parece no dejar resquicios a la duda al respecto. La cuestión es más delicada: ¿hasta qué punto ese "vino importado" no se transforma y se "iberiza" hasta convertirse en una realidad distinta al original? ¿En qué medida hace cambiar la naturaleza autóctona la introducción de un producto foráneo, de mano siempre de sus creadores extranjeros? La impresión general que se extrae de la lectura de las presentes páginas es que los cambios que se operan en los universos ibérico y tartésico a través del vino (¿oriental?) se manifiestan en el sentido de meras prolongaciones culturales del foco emisor. ¿Reaparición reciente de las controvertidas teorías difusionistas? (*López Castro, J.L., 1993, pp. 40 ss*). ¿Renacimiento del funesto "milagro oriental"?

En el supuesto, por ahora indiscutible, del origen fenicio del vino ibérico, no nos queda muy clara, a lo largo de los trabajos que comentamos, la participación del elemento indígena en el acceso, la producción o el comercio de la apreciada golosina. Asimismo, la suposición de manifestaciones como el simposio griego, extendidas en tierras de acá nos recuerda más al polémico *William James Perry* y sus "*Los Hijos del Sol*" que a intentos legítimos de comprender el tema que nos ocupa. Afortunadamente, no todos los testimonios apuntan en tal dirección.

La aportación de *A.J. Dominguez Monedero* es interesante porque nos ofrece una visión bien estructurada del testimonio de los autores antiguos sobre el vino en la Península. Su recopilación de fuentes merece el elogio de quienes se preocupan por el seguimiento de tales informaciones. Además cuestiona la equivocada aplicación del término *simposia* a la consumición del vino por los iberos, además de criticar la pretendida aculturación helenizante a través del vino que otros han defendido. A pesar de ello no puede evitar el repetir en numerosas ocasiones el siempre recurrido origen semita del mismo. Y aunque se plantea una reinterpretación ibera de las

aportaciones de los colonizadores, el vino sigue llegando a saltitos desde Oriente - mundo griego-Etruria-mundo hallstático- Iberia - para transformar los gustos y la estética hispanas.

Amparándose en la arqueología, V.M. Guerrero Ayuso (*"El vino en la Protohistoria del Mediterráneo occidental"*, pp. 73-104) afirma el protagonismo fenicio en la introducción del vino en Iberia, pese a no descartar (p. 86) que éste llegara a Occidente con anterioridad a los fenicios. Si resalta que a partir del siglo VI aC. muchas comunidades indígenas peninsulares no sólo consumen, sino que controlan la producción del vino. Y, sin embargo, cae en la contradicción de afirmar que en las comunidades protohistóricas peninsulares *"el modo de producción doméstico carece de la estructura organizativa suficiente para abordar su producción"* (p. 104). Ésta sólo se dará con participación indígena a partir del declive fenicio por estos lares (p. 98). Cae, así, en el repetido error de condicionar cualquier iniciativa local si no se enmarca previamente dentro de la órbita fenicia.

Pero sin duda alguna, la mayor vinculación de la producción, el consumo y el comercio del vino con los patrones orientales la establece D. Ruíz Mata. No comentaremos el detallado periplo de la *Vitis vinifera* "difundiéndose" por el Mediterráneo desde el Creciente Fértil (pp. 172 y 174) de que las técnicas de elaboración del vino en la Bahía de Cádiz y sus aledaños fueron prácticamente las mismas que en el Próximo Oriente. Sin embargo, otro tipo de aseveraciones habría que estudiarlas con detenimiento:

- que los restos cerámicos griegos en Huelva evidencien un comercio de vino griego por mediación oriental (pp. 176-181).

- que los recipientes de fabricación local en el sur de la Península se utilizaran (aunque no con exclusividad, éso si lo admite) para mezclar el vino y el agua a la manera griega (pp. 181-188).

- que a la caída de Tiro en la segunda mitad del siglo VI aC. opere en el sur una nueva concepción de la producción y del control de los medios de producción (sin aclarar cuál es el nuevo panorama histórico), afirmando implícitamente que sólo tras la ausencia del elemento colonizador podían producirse transformaciones en Tartesos (p. 192).

Dentro de este último punto, Ruíz Mata entronca con la época turdetana y la producción de vino en el Bajo Guadalquivir, con la introducción, un tanto traumática, en el discurso, de las teorías agrónomas de *Columela*. Comete, así, el error de pretender explicar (pp. 192-193) los cambios tecnológicos y de los suelos entre el siglo III aC. y la primera mitad del siglo I sólo a través del testimonio del autor latino, sin una constatación arqueológica (él mismo reconoce que ésta no es posible, al menos de momento), sin tener en cuenta que aquél no siempre toma los ejemplos de tierras béticas y que, además, sus modelos agrícolas apuntan constantemente a la agricultura italiana (N. Marín y A. Prieto, 1985, pp. 370-371).

Contrariamente argumentado por F. Gracia Alonso, al estudiar el comercio del vino en el noreste de la Península Ibérica (pp. 301-331), las comunidades indígenas deben ser consideradas desde una óptica de consumo comunitario, con participación activa en los patrones de comercio.

Así pues, la mayor parte de los autores aquí reseñados abordan la presencia del vino en el ámbito mediterráneo protohistórico peninsular como una prolongación de las pautas culturales orientales, que se arraigan en Iberia con la llegada de los "colonizadores". Los que no definen su postura, oscilan entre la duda metódica ante tal afirmación y el prurito a defender cualquier manifestación autónoma del elemento autóctono que pueda pasar por reinterpretaciones locales de la aculturación. ¿Difusionismo difuso? Sea lo que fuere, tal vez habría que recordar los errores que se le han achacado a tal corriente de pensamiento histórico: limitación de la capacidad creativa del ser humano (sólo admite la imitación), simplicidad a la hora de elaborar interpretaciones, sin otra aspiración a la ordenación cronológica e histórica del pasado, búsqueda de una historia monumental, excesivo positivismo, sin generalizaciones ni leyes, y omisión consciente de los factores económicos. Además, *"este tipo de propuestas que utiliza la difusión como motor de la explicación de los fenómenos culturales, da cuenta de la transmisión de rasgos nuevos, pero no de por qué tuvieron lugar aquí, ni tampoco de fenómenos de convergencia. El resultado de este tipo de reconstrucción histórica es que el grupo autóctono no tiene nada original puesto que sus rasgos distintivos no le pertenecen"* (Carrilero Millán, M., 1993, p. 166). Recordemos que, a juicio de M. Fernández Miranda (1993, p. 95), la negación de la capacidad del sustrato indígena como elemento generador de progreso cultural es uno de los obstáculos (heredados de Schulten) más serios que evitan una arqueología científica sobre Tartesos.

En directa vinculación con el mayor o menor protagonismo indígena en todo lo relacionado con el vino en Iberia, nos encontramos con el valor que este producto tuvo en todo el proceso de aculturación y, por lo tanto, de cambios y tensiones sociales en el mundo prerromano del mediodía peninsular.

Prácticamente todos nuestros autores admiten el valor del vino como elemento de prestigio y de diferenciación social para las élites ibéricas y tartésicas frente a una población cada vez más subordinada a dichas élites (Domínguez Monedero, pp. 61-63; Guerrero Ayuso, pp. 87, 91-92 y 101; Olmos y Sánchez, p. 111; Cabrera Bonet, p. 142; Ruiz Mata, p. 165; Blánquez Pérez, p. 220; Quesada Sanz, p. 277). Pero, pese a que éste no era el foro más adecuado para ello, pocos intentan profundizar en los cambios que se producen para que se llegue a una sociedad diferenciada y jerarquizada, en la que el consumo de vino tiene bastante que decir. En una palabra, no hay intentos de definición del concepto de aculturación, dentro del cual el vino, como símbolo de status, cobra todo su sentido.

Tal concepto de aculturación viene siendo objeto de un intenso debate que, a grandes rasgos, se centra en otorgarle mayor o menor extensión y profundidad al territorio peninsular. Por ejemplo, C.G. Wagner, 1995, pp. 105 ss.) considera que aquélla ha sido sobrevalorada y que, como estrategia de dominación colonial que pretendía la integración subordinada de la élite, resultó selectiva, parcial y poco profunda. En nuestros autores, sin embargo, es objeto de mayor consideración. Aunque tan sólo Quesada Sanz (p. 276, nota 6) opina abiertamente que existió "*un proceso de aculturación profunda resultante de una transformación de los modos de vida de una sociedad indígena, que incluya alteraciones significativas en los modos de vestir y comer, en la cultura material, en las formas de hacer la guerra, y, eventualmente, incluso en la lengua y la religiosidad*". Nada dice de estructuras de dominio, control de los procesos productivos y medios de producción o ideologías de poder y de jerarquización basados en el principio de la explotación del hombre por el hombre. Tan sólo utiliza un eufemismo al afirmar que las élites ibéricas no se caracterizan por el status, sino por la acumulación y la ostentación de armas (p. 227). Si admitimos que "*la introducción del vino en las comunidades indígenas que poblaban la península ibérica se produce en el contexto de una organización tribal compleja regida por jefaturas que tienen su razón básica de ser en el control de los intercambios redistributivos*" (Guerrero Ayuso, p. 94), en el que el vino se constituiría en un producto exótico de élites, tenemos necesariamente que indagar cuáles son los pasos que llevan a la diferenciación que se da en el seno de estas sociedades, intentando evitar conceptos tan vagos como "modelo aldeano complejo" o "jefaturas complejas" (C.G. Wagner, 1993, pp. 109 y 111 respectivamente). Sólo entonces podremos comprender el papel del vino en este sutil proceso.

Quizás, el intento más valiente sea el de P. Cabrera Bonet (pp. 141-160), quien sí contempla una sociedad que cambia con los nuevos elementos culturales, concibiendo el comercio precapitalista como "*un vehículo de interacción entre diferentes sistemas sociales, económicos y políticos y, en ciertas circunstancias, un elemento esencial de dominio y explotación*" (p. 142). Transformación de las estructuras locales de la producción, cohesión social y reforzamiento de las estructuras jerárquicas de dominio (siempre en relación de dependencia respecto a los colonizadores, elemento de estímulo para el trabajo comunitario para generación de excedentes ("work-party feast") y manipulación de las instituciones tradicionales de redistribución son algunas de las ideas interesantes que señala esta autora para explicar el papel del vino en el proceso de evolución social de los grupos humanos del mediodía peninsular. No obstante, Cabrera Bonet concibe estos cambios inmersos en un contexto del comercio internacional mediterráneo, siendo Tartesos "*una periferia explotada a través de un intercambio desigual, por los poderes políticos y económicos del Mediterráneo oriental*" (p. 146). No queda muy claro si dichos cambios se

producen antes o durante la presencia fenicia en la Península. C. Gómez Bellard y P. Guérin (pp. 263 ss.) sugieren que los intereses fenicios, en la zona del Alt de Benimaquía, se centran en la búsqueda de metales (sobre todo, hierro) y que inspiran la producción de vino como contrapartida del metal. Efectivamente, los agentes orientales potenciarán la diferenciación social en las comunidades indígenas para la explotación de los recursos ibéricos. Pero esta diferenciación ya existía antes de la llegada de los fenicios, y las estructuras tartesias a la llegada de aquéllos se caracterizan por una gran complejidad, actuando la colonización en la periferia (Arteaga, O., 1991, pp. 29 ss; Carrilero, M., 1993, p. 164; Aubet, M.E., 1978, p. 106). El vino se convierte en uno de los instrumentos que utilizarán los recién llegados para afianzarse. Sin embargo, no lo tuvieron muy difícil: las bases ya estaban sentadas. Atendiendo las necesidades de consolidar una preeminencia inestable de las élites indígenas, los orientales fomentarán la división, en cuanto que aquéllas no controlaban de modo inmediato las nuevas fuentes de artículos de prestigio que afianzaban su poder. El vino es uno de esos artículos y el nuevo panorama existencial se caracterizará por una desigualdad social mucho más acusada que cualquier otra durante el Bronce Final (Harrison, R.J., 1989, pp. 78-79).

Poco interés en los procesos de evolución social en el que se enmarca el consumo del vino y/o subordinación de tales procesos a la presencia de los colonizadores constituyen, pues, algunos de los rasgos que caracterizan a los presente artículos. Llama la atención que sólo dos de los nueve autores ha manejado trabajos de uno de los investigadores actuales que más está profundizando en este tema: O. Arteaga.

Por último, sólo destacar una idea. A lo largo de estas páginas no sólo se ha estudiado el vino, sino también los recipientes que lo contenían. Para R. Olmos y C. Sánchez, p. 111, dichos recipientes transmiten unos contenidos simbólicos de aculturación (o sometimiento) y, al igual que el vino, actúan como elementos de separación. Sin embargo, como apunta acertadamente J. Blázquez Pérez, p. 217, no hay que caer en la tentación de pretender limitar el consumo del vino a la ausencia o presencia de cerámicas orientales. Desde aquí reivindicamos la relevancia de la arqueología en la definición de la importancia de los fenicios occidentales (y por ende de Tartesos), que ayuda a contextualizar, por su propio peso específico, las fuentes escritas (Arteaga, O., 1991, pp. 23-25). Pero no olvidemos que el artefacto es el medio, no el fin. El fin es, y seguirá siendo, desentrañar los mecanismos que, a lo largo de la Historia, han producido tan complicadas (e indeseables) relaciones entre los seres humanos.

Bejarano Gueimúndez, Diego. Recensión:

LÓPEZ AMADOR, J.J. (Editor), 1997: Aportaciones al proceso histórico de la ciudad del Puerto de Santa María. La intervención arqueológica en la Plaza de Isaac Peral. Puerto de Santa María.

Tenemos ante nosotros un claro ejemplo de historia cultural y arqueología positivista, aplicadas a la investigación histórico-arqueológica del Puerto de Santa María (Cádiz). Así, si hay un elemento común en toda la obra, llevada a cabo por siete investigadores, es el afán por establecer cronologías y secuencias culturales, sin procurar ir más allá de la simple descripción y correlación de dichas secuencias. Incluso el lector menos avezado podrá constatar por sí mismo la ausencia en este libro de cualquier posicionamiento teórico previo con el que cimentar el análisis del trabajo de campo que no sea el simple afán de descripción del pasado.

Se divide este *Aportaciones (...)* en trece capítulos que, curiosamente, se reparten en proporción desigual los siete co-autores. Y ya en el capítulo 1, en el que F. Giles aborda algunas consideraciones previas en cuanto a la ciudad y la arqueología urbana, queda patente la orientación histórico-cultural de los investigadores y el papel que juega la arqueología urbana hoy día. Así, este papel no es otro que el de reflejar cómo unas ocupaciones suceden a otras en el tiempo y en el espacio. En palabras del investigador, el objeto de la arqueología urbana no es sino "(...) el conocimiento en extensión de las diferentes ocupaciones en las ciudades actuales (...)". Se trata de describir el proceso de urbanización progresiva del Puerto de Santa María a lo largo de la Historia. Y ya está.

Y aunque se hace hincapié en la importancia de la arqueología respecto del estudio de la Edad Moderna- planteamiento que compartimos- su función se limita a corroborar la documentación escrita, detectando estructuras y componiendo listas-tipo de objetos y cerámicas. Del mismo modo, gracias a la incorporación del método arqueológico al análisis histórico de la sociedad en época moderna "(...) se ordenarán mucho más exhaustivamente las relaciones y los canales de distribución de las producciones cerámicas bajoandaluzas en las diversas ciudades americanas (...)". Las palabras del autor no dejan lugar a dudas.

El capítulo 2, realizado por el editor de la obra, J.J. López Amador, es una recopilación de la historiografía de la ciudad y de las actuaciones arqueológicas llevadas a cabo hasta el día de hoy.

Los capítulos 3, 4 y 5 representan la labor de investigación de E. Pérez Fernández a través de archivos como el Municipal del Puerto de Santa María y otros, en busca de

documentación escrita acerca del Convento de San Antonio de Padua, la misma Plaza de Isaac Peral donde se llevaron a cabo los trabajos arqueológicos y donde se encontraba antiguamente el Convento, y las casas anteriores a la edificación de éste, con el único acierto de haber encontrado - eso sí- numerosos testimonios acerca de ellos, pero sin pretender otra cosa que dar fe de su existencia.

La actuación arqueológica en sí, la metodología empleada y la descripción del proceso técnico de excavación, así como los resultados de ésta en relación al antiguo Convento y al poblamiento antiguo y moderno, son tratados por J.M. Gutiérrez López en los capítulos 6 al 9.

Por otra parte, el análisis de las cerámicas de Edad Moderna, lo lleva a cabo J.A. Ruíz Gil en el capítulo 10, y el de los materiales cerámicos tardorromanos L. Lagóstena en el 11. Asistimos aquí a un auténtico ejercicio de metodología ceramológica en el que únicamente se pretende una descripción funcional y morfológica de las cerámicas y de sus motivos decorativos e iconográficos, y el establecimiento en base a dicho análisis de cronologías.

Con todo, al final del capítulo 11 se intenta un tímido acercamiento a la realidad socioeconómica de algunas de estas cerámicas, pero sin llegar el autor a establecer conclusiones definitivas.

Pero donde mejor vemos reflejado el carácter descriptivo de la obra, al que aludíamos al principio, es en el capítulo 12, en el que L. Lagóstena y J.A. Ruíz Gil exponen las aportaciones al proceso histórico de la ciudad. En efecto, estas aportaciones consisten para la época tardorromana, en constatar la presencia de un núcleo poblacional en esas fechas y datarlo cronológicamente, situándolo un poco en el contexto histórico del momento, y confirmar “la existencia de activas rutas marítimas a través de las cuales se producen intercambios entre diversas comunidades de la cuenca mediterránea y atlántica”.

Con respecto al período moderno, y en base al material cerámico fechado entre los siglos XVI-XVII d.C. la aportación principal consiste en comprobar “la expansión de la ciudad por la zona desde comienzos del siglo XVI, probablemente por motivos industriales, destacando la producción de aceite y de cerámica”.

Habría que esperar a los análisis polínicos, malacológicos y de fauna terrestre para poder inferir datos más cercanos a la realidad social de aquellas comunidades de hombres y mujeres y entresacar rasgos de éstas más concluyentes.

El capítulo 13 por J.M. de Lucas Almeida describe el proceso técnico de extracción de los paneles y bancos cerámicos de la Glorieta de Pedro Muñoz Seca en la Plaza Peral.

En suma, este *Aportaciones (...)* no pretende en absoluto trascender el ámbito de los artefactos, el establecimiento de cronologías y la simple correlación de secuencias culturales,

dentro de una auténtica visión historicista del pasado, el cual debe ser rescatado y reconstruido, pero nada más. No interesa pues el porqué de los cambios sino sólo constatarlos.

Por tanto, ajenos por completo al profundo y necesario debate teórico y metodológico en el que se encuentran sumida hoy día la Arqueología (este libro lo demuestra) los autores apuestan por una arqueología encargada de "aglutinar información", de carácter puramente descriptivo y positivista.

Es, eso sí, una obra coherente desde la primera a la última página.



Montañés Caballero, Manuel. Recensión:

CARANDINI, Andrea, 1997: Historia en la tierra. Manual de excavación arqueológica. Crítica/Arqueología. Barcelona. 187 figuras. pp. 285.

Estamos de acuerdo en que la arqueología anglosajona ha ejercido y ejerce una destacada influencia en el sur de Europa. Desde sir Mortimer Wheeler al no menos conocido Edward C. Harris, la arqueología del ámbito mediterráneo se ha caracterizado por prácticas positivistas y funcionalistas, que han reproducido con señalada nimiedad, y en pocas ocasiones, aquellos manuales importados.

Desde luego Carandini no es ajeno a esta influencia, sobretodo de la arqueología británica. Durante la lectura del texto las referencias al Departamento de Arqueología Urbana del Museo de Londres son copiosas, realzando menciones especiales al manual editado por esa institución arqueológica. Pero Carandini, sabedor de la deuda que debemos tener a los arqueólogos que nos precedieron, repasa la historiografía arqueológica en Italia, reconociendo la influencia del método de Nino Lamboglia y la de su maestro Ranuccio Bianchi Bandinelli. Y a toda este revisión crítica historiográfica une una dilatada experiencia en excavaciones, centrándose especialmente, por lo que concierne a este manual, en la villa romana de Setefinestre o las realizadas en el Palatino.

Historias en la tierra presenta una estructura en dos partes: "Estratigrafía y Técnica de la Excavación", donde junto a los ya clásicos temas teóricos, metodológicos y prácticos, como por ejemplo "Historia y principio de la estratigrafía", "La excavación como práctica", "Excavar", etc., desarrolla otros que sin duda demandan los arqueólogos y aprendices de arqueología: "La documentación", "Narración y edición", "Cosas que excavar". En la segunda parte, "Estratigrafía y cultura de los indicios", Carandini expone en tres brillantes ensayos los principios teóricos de su propuesta de análisis del pasado, de cuya lectura se extrae que la estratigrafía arqueológica y la cultura de los indicios componen una unidad. Es, por tanto, con la inclusión de esta segunda parte donde *Historias de la Tierra* pasa a ser algo más que un manual de arqueología.

Como puede observarse la estratigrafía arqueológica responde al objetivo principal de la obra. De este modo Carandini, se nos presenta como un ecléctico, ya que unido a su influjo funcionalista aparece una acusada preocupación por la Historia, reconocida en la ya citada atención por la estratigrafía. Sin embargo, la riqueza de este manual no podría centrarse únicamente en los estratos, continuamente se van esbozando otros temas convergentes, como la planimetría, la fotografía o el dibujo, en los que el autor no profundiza. Por otro lado, el

tratamiento de las figuras supone uno de los aciertos de la obra, ya que ha conseguido sumar esquematismo con claridad expositiva.

Y respecto a las limitaciones de este manual, el propio Carandini no las comenta, al centrar el espacio válido de aplicación a hábitats rurales y urbanos, y a una cronología histórica que va de la Protohistoria a la Edad Media, exceptuando la Alta Edad Media.